



EL CLUB DE LOS OLVIDADOS

HISTORIAS DE FÚTBOL Y VIDA QUE MERECE SER MÁS RECORDADAS

Joel Sierra

PRÓLOGO
Quique Setién

 SAMARCANDA

*Darán muchas palmas,
saldrá mucha gente a la calle,
y después se olvidarán de él,
así es la ley de la vida,
triunfo y olvido*

José Saramago

Prólogo

El fútbol no era otra cosa para mí sino lo que sentía en el patio del colegio o en la plazoleta del barrio cuando tenía el balón en los pies. Esa pasión enfermiza que se alimentaba cada fin de semana mientras observaba, tras las vallas del viejo Sardinero, a Zuviría sorteando contrarios y a Chinchón saltando por encima de ellos para meter un gol por la escuadra. Emular a aquellos dioses del balón, que eran capaces de cambiar la monotonía de cualquier jugada por una acción imposible, era el objetivo para el siguiente partido con los amigos. La satisfacción de sentar al rival con un recorte o mediante un regate, levantar la cabeza y ver de repente cómo aparece la luz donde solo había oscuridad, dar ese pase definitivo que nadie más vio, pero que ya estaba en tu mente.

Esa es la pasión pura por el juego, ese era el fútbol de verdad, los momentos inolvidables que quedaban grabados en la memoria. Disfrutar de esas conducciones elegantes sin perder el control de lo que pasa a tu alrededor para luego tomar la mejor decisión en el instante preciso. Controlar los amagos, esa habilidad indefendible e indescifrable para el defensa impotente que se ve incapaz de reaccionar a tiempo. El manejo de la pausa que silencia el estadio, aclara el barullo y paraliza al rival mientras le estás dando tiempo

al compañero de acudir al espacio donde le vas a poner el balón. Esas son solo una parte de las cualidades que vamos a ver en los futbolistas reunidos en estas páginas y que le añaden la estética a este maravilloso juego para convertirlo en arte. Esa es la esencia que me atrajo del fútbol, la de ver a los grandes jugadores descifrar la complejidad del juego con la mayor naturalidad.

Nunca la táctica ni la preparación física me llamaron tanto la atención hasta que fui entrenador; solo quería disfrutar del juego, ver los vuelos de Santillana por encima de los rivales y los compañeros para rematar ese balón perfecto con rosca que venía desde la banda. Ver a Cruyff parado, con el brazo alzado y el índice apuntando a lo lejos el lugar donde el compañero debía acudir mientras el defensa permanecía en tensión a dos metros sin atreverse a entrarle. Aquella arrancada que la velocidad de Vogts no pudo parar en los minutos iniciales de la final contra Alemania y que acabó en penalti aún la tengo presente como si fuera hoy.

Mi memoria está llena de acciones como estas, no todas necesariamente determinantes, pero que marcaban la diferencia entre los buenos y los menos buenos. Siempre supimos a quién darle el balón en las dificultades. Todos tuvimos un momento de inspiración sublime, pero repetirlo con asiduidad solamente está al alcance de los elegidos. Ellos son los que marcan las diferencias, los que nos enseñaron el camino a los que vinimos detrás, los que nos llevaron al estadio, los que nos engancharon a este apasionante juego. No solo nos dieron grandes satisfacciones y nos dejaron en la memoria goles extraordinarios y acciones brillantes, también defendieron nuestros colores o a nuestro país. Mi homenaje a todos ellos.

Quique Setién

Introducción

El 9 de agosto de 2019, Altair Gomes de Figueiredo fallecía a los 81 años en Río de Janeiro. Una solitaria corona de flores y un ventilador de pared eran los únicos elementos que conformaban la austera escena en la sala del tanatorio. Apenas una quincena de familiares y amigos del exfutbolista y un veterano aficionado del Fluminense, solo uno, hicieron acto de presencia en el velatorio. ¿Cómo era posible que todo un campeón del mundo y el cuarto futbolista con más partidos en la historia de uno de los grandes clubes del continente se marchase tan poco acompañado en el país del fútbol por excelencia? Ni la Confederación Brasileña de Fútbol ni el propio Fluminense enviaron a ningún representante al sepelio del antiguo defensor de la *canarinha*. Ni siquiera llegó una segunda corona de flores con la que cualquiera que pasase por allí pudiese relacionar a Altair con la conquista de la Copa del Mundo de 1962 o con los tres campeonatos cariocas que ganó con el conjunto tricolor.

En ese momento, este libro ya había comenzado a tomar forma. Sin embargo, dar con el reportaje sobre el funeral de Altair en las redes por pura casualidad se convirtió en el acicate definitivo para redondear la idea que trata de recorrerlo de principio

a fin y dio el último empujón para terminar de seleccionar, de construir y de pulir cada una de las 18 historias de vida y fútbol de las que está compuesto.

La motivación final no nacía exactamente de la evidente tristeza que suponía la despedida de Altair; era más bien el sentimiento de injusticia lo que hacía remover algo en mí, la constatación del olvido por parte del mundo del fútbol de su país, y por parte de los aficionados de su equipo, hacia quien había sido un verdadero ídolo para ellos y hacia quien siempre será una figura de enorme relevancia en la historia del club al que entregó su carrera en 551 partidos durante más de tres lustros de intachable servicio.

Como digo, este proyecto ya había comenzado varios meses atrás con una primera e intimidante lista compuesta por más de 300 nombres que encajaban en el planteamiento inicial. Después de repasar sus vidas y sus trayectorias, la lista quedó conformada finalmente por unos 60 futbolistas históricos. Algunos se convirtieron incluso en capítulos completos o en bocetos avanzados que no han llegado a estar aquí recogidos por diferentes razones, mientras que otros eran semblanzas con un potencial fantástico que no terminaron de conformarse como tal o a las que yo no logré averiguar cómo sacar el interés que merecían. Como suele decirse, «no están todos los que son, pero sí son todos los que están». Y todos los nombres presentes, los 18 protagonistas de estas páginas, se caracterizan por una misma cosa dentro de sus diferencias: por merecer un reconocimiento muy superior al que tienen dentro de la memoria colectiva futbolística y porque sus biografías encierran una serie de vivencias personales y deportivas que vale la pena contar. Y espero que también valga la pena leer.

Escribir este libro, llevar a cabo la considerable labor de documentación necesaria para poder hacerlo, ha supuesto un viaje inigualable a lo largo de la historia del fútbol desde los años diez

del siglo xx hasta sus postrimerías, un billete en primera clase con el que presenciar grandes partidos y disfrutar de magníficos futbolistas de épocas muy diversas que no podría haber vivido de ninguna otra manera, ni tampoco de una mejor. Enamórense del proceso, que diría aquel. He aprendido más que nunca sobre el legado que este deporte, en su desarrollo y evolución, se ha ido transmitiendo a sí mismo y, por consiguiente, a todos nosotros, sus declarados amantes; también sobre la influencia táctica y estilística que ha ido pasando, muchas veces de forma cíclica, de década en década, de generación en generación y de nación en nación sin importar las fronteras. Y ha sido, en definitiva, un camino imborrable que me ha enriquecido profesionalmente, y en algunas ocasiones también frustrado, como no había hecho ninguna otra de las cuestiones sobre las que había investigado con anterioridad.

He descubierto, además, una infinidad de sucesos o anécdotas que desconocía por completo: cuál es realmente el equipo más antiguo del concejo de Oviedo aún activo en la actualidad, lo relativamente habitual que resultaba pasar de un año a otro de ser un prolífico delantero tanque a un expeditivo defensa central en el fútbol inglés de los setenta, la enorme cantidad de conceptos tácticos que desarrolló la superlativa selección húngara de los años cincuenta y que diseminó por todo el mundo hasta nuestros días, qué suponía ser un jugador negro en el elitista fútbol brasileño de las primeras décadas del siglo pasado, cómo jugaba el primer equipo italiano que levantó títulos a través del manido *catenaccio*, por qué un partido de fútbol acabó convirtiéndose en el detonante de la Guerra de Los Balcanes, qué provocó a finales de los años cuarenta la llegada de inmigrantes griegos de una manera tan significativa al actual Uzbekistán, a 5000 kilómetros de distancia de su país, etcétera, etcétera, etcétera.

Hay una frase de una canción de uno de mis grupos favoritos que siempre la he sentido muy mía. «No quiero ser más que el esqueleto de lo que he sido», reza la estrofa. Pero tampoco menos. Y los 18 protagonistas de estos relatos fueron lo que fueron, pero siguen siendo, para muchos, mucho menos de lo que realmente fueron. Aquí están sus tragedias, sus temores y temeridades, sus triunfos factibles o inesperados, sus huidas y reencuentros, sus caídas a los infiernos, sus hitos personales y profesionales, su amor y desamor por la vida, por los buenos y malos hábitos o por los colores de la camiseta. Su importancia para su entrenador, para sus compañeros, para su equipo, su afición, su ciudad o su país. Sus contadas y relevantes victorias, cargadas de significado; sus más cuantiosas y corrientes derrotas, aún más cargadas de él. Su fama, su fortuna o su bancarrota, sus goles o sus paradas, sus golpes de riñón o sus toques de genio, sus sueños cumplidos y sus sueños rotos, sus ambiciones y despreocupaciones, sus imposteros éxitos y fracasos y las dos caras de la misma moneda en la que conviven enfrentados. Sus raíces, sus orígenes, sus metas, sus nostalgias, sus aprendizajes y sus herencias. Su fútbol. Su contexto. Su historia. Su legado. Su vida. Su recuerdo. Sus olvidos.

Escribo estas líneas pocas semanas después del asesinato del Trinche Carlovich en Rosario. La crónica de su vida futbolística ha sido siempre una inspiración, y refuerza como pocas la leyenda de un jugador fascinante que nunca pisó la élite aun perteneciendo a ella por puro talento, y que hubiese pasado a la historia sin ninguna historia salvo por un milagro con forma de recuerdo colectivo, nacido exclusivamente de la memoria de unos pocos privilegiados pares de asombradas retinas que continúan multiplicándose por cientos de miles en la actualidad, sin necesidad de haberlo visto jugar para amarlo, admirarlo o para transmitir su particular epopeya. Bastó con escuchar su juego, con imaginarlo. Para qué más. Al Trinche lo mataron por intentar robarle su bici-

cleta. Lo hicieron unos delincuentes y, además, unos completos indocumentados. Mataron al mito que nunca morirá porque fue construido allí mismo, entre todos. Y su mayor legado es precisamente ese, el hecho de habernos demostrado mejor que nadie la enorme importancia que tienen los recuerdos y la transmisión de sus relatos para ser justos con la memoria de todos esos futbolistas que quizá no quisieron ser más de lo que fueron, pero que merecen, al menos, ser recordados exactamente como aquello que sí fueron.

Entre la quincena de personas que asistió al entierro de Altair se encontraba Jair Marinho, su mejor amigo, su compañero en la zaga del Flu y también campeón del mundo con Brasil en Chile 1962. Marinho acudió al entierro de su amigo del alma ataviado con la camiseta *verdeamarela* que marcó sus carreras deportivas, la misma que lucía el cuerpo ya sin vida de Altair y con la que fue enterrado. Durante los últimos años de su vida, Altair había padecido Alzheimer de una forma bastante severa, lo que le había llevado incluso a perderse durante más de diez horas por las calles de la ciudad de Brasilia en un acto previo a la Copa del Mundo de 2014. Ni siquiera él mismo se acordaba ya de quién había sido, de quién era. Solo quedaba Marinho a su lado para hacerle justicia, para poner en valor el prestigio de su recuerdo, el orgullo de su amigo, que era en parte el suyo propio. «No es Altair quien realmente sufre problemas de memoria», advertía Marinho en una entrevista en 2014. Los que realmente sufrían problemas de memoria eran todos aquellos que lo habían olvidado.

Sevilla, junio de 2020

ÁRPÁD WEISZ

Un tricampeón en Auschwitz

Sería imposible explicar y entender el recorrido evolutivo del fútbol italiano y, por extensión, el de todo el fútbol europeo a partir de los años treinta del siglo xx, sin prestar especial atención a su figura. Aunque a muchos no les diga demasiado el nombre de Árpád Weisz, aunque su rastro desapareciese injustamente entre las huellas borrosas de un tiempo convulso durante más de setenta años, hasta el momento en el que el periodista Matteo Marani rescató su historia del abismo del tiempo. Weisz —Weisz, según la grafía italiana impuesta por el fascismo en la época— era un húngaro de padres judíos y había llegado a Italia con apenas 27 años para disputar un amistoso con su selección en Génova. Justo allí y entonces empezó su legado en el Calcio, tan inmenso como, hasta hace muy poco, total e injustamente olvidado.

Árpád había sido apresado por las tropas italianas en la región del Carso durante la I Guerra Mundial y poco tiempo después había sido parte del plantel de la selección húngara que

en 1924 llegó a los Juegos Olímpicos de París como la gran rival de Uruguay en la disputa por el oro conquistado finalmente por los charrúas. Un equipo magiar que estaba comandado sobre el césped por un centrocampista llamado Béla Guttmann, que años después se convertiría en el gran representante en los banquillos de la escuela danubiana que ambos compartían, e integrado por un grupo de futbolistas que acabaron esparciéndose como el polen primaveral por toda Europa, llevando consigo las múltiples innovaciones tácticas que habían calado en su país natal de la mano de los ingleses, y que ellos habían hecho evolucionar a través de su ingenio y de sus analíticas mentalidades. Fruto de esa actuación olímpica y, especialmente, a través del rico bagaje futbolístico que encerraban los magiares, el Padova fue el primer equipo italiano en fijar sus atenciones en Weisz antes de hacerse con su fichaje, después de que también hubiese destacado a nivel de clubes como un estiloso y veloz extremo izquierdo en las filas del Törekvés de su país, una de las mejores y de las más activas calderas futbolísticas del Viejo Continente en la época, mucho antes de la leyendaria y reverenciada Hungría de los cincuenta.

Árpád no jugó demasiados partidos en su temporada de debut en el Calcio, aun así, sus aptitudes llamaron poderosamente la atención de la Ambrosiana, el nombre oficial que tenía por aquel entonces el Inter de Milán por imposición del régimen de Benito Mussolini, un régimen al que aquella denominación cosmopolita original no debía gustarle demasiado. En Milán, vestido de *nerazzurro*, Weisz protagonizó un fantástico inicio de campeonato hasta que, tras apenas una decena de jornadas, una fatídica lesión en su rodilla izquierda le apartó de los terrenos de juego de forma definitiva sin haber llegado ni siquiera a la treintena de edad.

Debido a su espíritu inquieto, a su deseo de aprendizaje y a su afán eminentemente progresista, Weisz decidió marcharse acto seguido a Argentina y a Uruguay, el epicentro balompédico

mundial de la época, con una idea naciente dentro de sí que iba tomando cada vez una mayor y mejor forma: la de convertirse en entrenador. En un gran entrenador. Un objetivo que consiguió realizar prácticamente de inmediato. Tan solo un par de meses después de su marcha a Sudamérica para empaparse de los conocimientos tácticos que bullían en el fútbol rioplatense, el novel técnico húngaro fue contratado por el Alessandria piemontés para entrar a formar parte de su cuerpo técnico como ayudante principal de Augusto Rangone, y es el propio Inter el que en 1926, tan solo unos meses más tarde, lo reclama para su banquillo, antes de cumplirse un año desde su obligada retirada en el club lombardo. Allí, entre los juveniles de la cantera *nerazzurra*, rápidamente descubrirá y hará debutar con el primer equipo a un futbolista que había sido descartado por el Milan por ser demasiado menudo y frágil. Aquel adolescente se llamaba Giuseppe Meazza e iba a cambiar la historia del Calcio y de la *Nazionale*, no sin antes guiar al Inter y acompañar al técnico húngaro a su primer *Scudetto* en 1930, el tercer campeonato italiano de la historia del club. El estudioso y visionario Weisz se convertiría con aquel triunfo en el entrenador más joven de la historia en ganar un título liguero en Italia. Un récord todavía vigente. Un récord que parece casi imposible de superar más de ocho décadas después. Weisz tenía entonces 34 años.

Durante aquella primera etapa en el banquillo interista, donde hizo del equipo lombardo el conjunto más técnico de un campeonato copado por los vanguardistas entrenadores danubianos, Weisz puso negro sobre blanco buena parte de sus adelantados conocimientos futbolísticos con la publicación de un divulgativo manual de fútbol que continúa sorprendiendo, a casi un siglo de distancia de su escritura, por la contemporaneidad de muchos de sus conceptos tácticos. El técnico húngaro se alimentó de todo tipo de corrientes: fue un admirador de «El Sistema»

de Herbert Chapman y, a su vez, desarrolló varios matices a «El Método» todavía imperante en el Calcio de la época. Entre ellos, fue el primero en implementar la línea de cinco defensores en el país transalpino para adaptarse mejor a la nueva regla del fuera de juego, una disposición que fue copiada por el seleccionador italiano Vittorio Pozzo; potenció los intercambios posicionales; ahondó en una concepción completamente global de las virtudes técnicas, más allá de los roles atribuidos a cada demarcación; y trabajó en una presión intensa a todo campo por parte de sus equipos. «No hay nada peor que permitir al rival maniobrar con el balón sin molestarlo», decía. Asimismo, apelaba a ideas como la construcción del juego desde atrás y las diagonales en largo, y puso de relieve la figura del mediocentro metodista para alargar el recorrido por banda de los laterales y convertirse así en el organizador de facto, en la cabeza pensante de todo el equipo. Un avezado reformismo del que se hizo un insigne representante y cuyo avance, importancia y desarrollo fue cancelado por la guerra y por el oscurantismo futbolístico de los años cincuenta en Italia. Un país y un fútbol que acabaría negándose durante décadas a un necesario progreso táctico y estilístico. Una carencia flagrante que, por ejemplo, conduciría a la *Azzurra* a fracasar con estrépito en el Mundial de 1950, donde participó como la vigente bicampeona, y a quedar directamente apeada de la fase final de la Copa del Mundo de Suiza cuatro años después.

Árpád Weisz era un hombre elegante, obstinado, culto, taciturno, observador, inteligente y despierto, un talento precoz armado de carisma, talento y talante, de didactismo, aunque también sabía ser estricto y mostrar autoridad. Fue uno de los primeros entrenadores de su época que consideró muy de cerca los aspectos psicológicos de los futbolistas de cara a elevar su rendimiento individual. Un convencido de que la mejor defensa es siempre un buen ataque, un estratega que apostaba por un primigenio

juego de posición, plagado de conexiones y triangulaciones, pero que al mismo tiempo entendía que las combinaciones superfluas y horizontales tan solo ayudaban a la zaga adversaria a colocarse mejor. En una época en la que se realizaban dos o, como mucho, tres entrenamientos por semana en los clubes de élite, el húngaro era un técnico que enfatizaba una preparación personalizada, a fin de inyectar en sus jugadores una toma de decisiones constante y lógica, siempre en beneficio del colectivo, aunque individualizada por rol y aptitudes y lo más natural y creativa posible. Un técnico de una actitud marcadamente valiente, aunque reposada, que exigía el autocontrol y la ausencia de excesos fuera del fútbol a sus jugadores desde una perspectiva dialogante, y que siempre trataba de generar ventajas a través del dinamismo de su sistema y de los movimientos entre líneas de sus atacantes, buscando la profundidad y la espalda de la zaga rival en contextos que todavía eran excesivamente rígidos por norma general. En definitiva, un entrenador moderno en los albores de la alta competición futbolística, que también abogaba por aspectos más específicos como el buen mantenimiento del terreno de juego, que puso el foco en el *scouting* para descubrir jugadores más allá de la propia cantera del equipo y de las propias fronteras del país italiano, que introdujo la costumbre de las concentraciones previas a los partidos y que apostó en el Inter por la creación de un gabinete médico dentro de la estructura del club para controlar y tratar de forma mucho más concreta e inteligente las lesiones y molestias musculares de sus futbolistas según su localización y tipología.

Después de una temporada más en Milán, la inmediatamente posterior al *Scudetto* conquistado en 1930, Weisz pasó a dirigir al Bari, salvando al equipo *pugliese* de descender en la primera temporada de su historia en la recién creada y unificada Serie A, gracias a la victoria en el duelo directo de *playout* ante el Brescia. Acto seguido, Weisz regresó a Milán y dirigió dos cursos más al

Inter, coleccionando dos segundos puestos ligeros consecutivos ante la Juventus del quinquenio de oro y alcanzando la final de la prestigiosa Copa Mitropa, en la que cayó derrotado por tan solo un gol de diferencia ante el Austria Viena del gran Matthias Sindelar. A estos resultados, le sucederían un curso en el Novara en Serie B, donde acabó segundo y rozó un ascenso que se acabó llevando el Genoa, y la llegada al Bologna a mitad de la temporada 1934-1935, donde Weisz se resarcirá por completo de haberse quedado varias veces consecutivas con la miel en los labios. Una ciudad donde van a eclosionar todas sus grandes virtudes y conocimientos como director técnico y que se convertirá rápidamente en su hogar y también en el de su familia: su mujer Ilona y sus dos hijos pequeños, Roberto y Clara. Aquel conjunto *rossoblù* iba a ser la obra maestra de Árpád Weisz, el mejor de sus equipos, la mejor de sus creaciones, el mayor de sus legados.

El entrenador húngaro tuvo que afrontar a su llegada al Bologna la reconstrucción de una plantilla que había perdido la vitola de aspirante al *Scudetto* y que había tocado techo después de ganar dos Copas Mitropa. Con varios uruguayos en el equipo — Raffae Sansone, el organizador Francisco Fedullo y el potente y determinante Miguel Andreolo— y una base de futbolistas boloñeses como Felice Gasperi, Dino Fiorini, Bruno Maini, Amedeo Biavati y el gran Angelo Schiavio a la cabeza de todos, el Bologna de Weisz alzó dos campeonatos italianos de forma consecutiva en 1936 y en 1937, poniendo fin de ese modo al tiránico dominio de la Juventus a través de su fútbol sencillo, coral, ofensivo y eficaz. Conseguiría además el Torneo Internacional de la Expo de 1937, un trofeo equiparable a la posterior Copa de Europa y que el conjunto *felsineo* se llevó tras eliminar al Sochaux y al Slavia de Praga ante de imponerse al Chelsea de los padres fundadores ingleses en la final de París por un contundente 4-1. Weisz ponía de esta forma una prodigiosa guinda a su consagración como el mejor

entrenador del Viejo Continente durante aquel glorioso bienio al frente del Bologna. Una merecida coronación en la máxima élite del fútbol europeo que llegaba tan solo unos meses antes de que todo comenzase a cambiar de forma trágicamente irreversible.

En aquellos años, la sociedad italiana empezaba a agitarse y radicalizarse al compás de su neocolonialismo en África, espoleada por la propaganda fascista y el racismo más irracional, y también a mirar con recelo primero y con odio descarado después a la población judía. En noviembre de 1937, Mussolini había firmado con Alemania y con Japón el Pacto Antikomintern, y un mes más tarde Italia abandonaba la Sociedad de Naciones de forma definitiva. En agosto del año siguiente, el *Duce* materializaba el censo de judíos, contabilizando más de 800.000 en todo el país. Se trataba del efímero prelude de las primeras deportaciones, que llegarían con la promulgación en septiembre de 1938 de las leyes raciales por las que todos los hebreos extranjeros presentes en Italia con posterioridad a 1919 tenían que abandonar obligatoriamente el país en los siguientes seis meses. Una fecha límite que Mussolini cambió en el último momento, ya que su idea inicial era establecer 1933 como el año del macabro baremo entre quedarse o ser expulsados. Poco importaba que los Weisz, establecidos en Italia desde 1924, no fuesen practicantes de su religión, o que sus hijos, italianos de nacimiento, hubiesen sido incluso bautizados en el catolicismo. Aquella decisión postrera del dictador italiano y de su régimen fascista fue el comienzo del fin para ellos.

Árpád se vio obligado, por tanto, a tener que dimitir de su cargo como entrenador del Bologna, y poco después, en enero de 1939, tuvo que abandonar Italia forzosamente, el país donde se hizo un gigante de los banquillos del fútbol mundial de su época y donde se erigió en uno de los grandes innovadores del fútbol europeo de todos los tiempos, el lugar desde donde elevó la categoría y evolucionó hasta cotas anteriormente desconocidas la

táctica dentro del Calcio; la nación que acabaría enterrando su insigne legado en el olvido inmediatamente después de su marcha para no regresar jamás.

Hungría, su país de origen, era por aquel entonces otro hervidero antisemita y excesivamente convulso, por lo que Árpád decidió trasladarse inicialmente a París, una ciudad que ya había pisado en sus días como futbolista durante los Juegos Olímpicos de 1924 y que había conquistado con su Bologna ante el Chelsea justo una década después, aunque ahora las condiciones y el contexto eran radicalmente opuestos. La capital francesa, a pesar de comenzar también a ser una caldera para el antisemitismo que se extendía por todo el continente, seguía perteneciendo al epicentro del gran fútbol europeo, de la alta competición. Un argumento que, sumado a un conciso dominio del francés, lo convertía en un destino deportivamente interesante para Weisz dada la complicada situación, por delante de otros posibles puertos como un eventual regreso a Sudamérica, el destino que tomaron muchos trabajadores del fútbol de origen hebreo y donde seguramente aún conservaba varios contactos valiosos, pero que no era nada fácil de alcanzar debido al cada vez más férreo control de las fronteras. Una salida de emergencia que, a la postre, hubiese significado todo. Poco importaba. Lo único que movía a Weisz entonces era la necesidad y la voluntad de trabajar, la pasión por entrenar y por el juego allá donde le dejaran ponerla de manifiesto. Los mismos motivos que le habían movido siempre y que siempre le iban a mover.

Tras varios meses en París sin encontrar trabajo, pese a que la presencia de entrenadores judíos de la escuela danubiana era copiosa en el campeonato francés, Árpád tuvo que ampliar su rango de miras y ponerse en contacto con diferentes agentes internacionales para aspirar a seguir entrenando en otro país. Esa era la razón por la cual siempre acostumbraba a facilitar una di-